



UNA GLORIA DE TORTOSA

La Providencia, siempre puntual a las circunstancias de todos los pueblos, bautiza algunas fechas con la epifanía de hombres heraldos de historia, luminosos de vida y ejemplo, perennes en la posteridad y orgullo de sus ciudades.

En 1836 sorteó Dios su mirada y le tocó a Tortosa el hombre de su tiempo. El 1.º de abril nace en las orillas del Ebro una página más a la historia de este pueblo patriarcal, un motivo más

para ser imposible arrinconar el nombre de una ciudad fecunda de alcurnia medieval y fiel conservadora de sus glorias. Mosén Sol, el tortosino orgullo de su cuna, de reciente memoria y en cuya tumba aún no han brotado las yerbas del olvido, fué suscitado en la espera cuando todas las circunstancias pedían un salvador; y de allí mismo, de donde lo esperaban los hombres, de los dedos de Dios, como un arco iris sorprendente ungido de humildad, nació el Apóstol de Tortosa, la gloria sacerdotal de nuestra España, este hombre de vida colosal y apariencia sencilla que pasó enderezando caminos, que secundó los designios del Señor en todos los campos del apostolado, sorprendente en su diversidad y difícil de caracterizarlo en unas líneas.

Para encontrar una semblanza de Mosén Sol, basta mirar sus obras, especialmente aquellas que obsesionaron su vida y fueron preocupación constante de sus desvelos. Este apóstol de las vocaciones sacerdotales, de los templos de reparación y de la educación de los jóvenes, dejó el corazón en sus empresas, imprimió la fisonomía de su alma en sus obras de celo; esa familia heredera de sus ansias, la Hermandad de Sacerdotes Operarios, lleva en sus entrañas los rasgos individuales de la vida de Mosén Sol, sus fines son idénticos a los de su fundador, y no hace sino prolongar los años de aquél apóstol que se llevó Dios añorando sagrarios, sacerdocio y juventud.

Don Manuel nació con la mirada de Dios en su alma, destinado al sacerdocio desde su misma cuna. Cursó los estudios en Tortosa y fué ungido sacerdote en 1860. Después de adquirir el doctorado en las ciencias sagradas por la Universidad de Valencia, comenzó un nerviosismo apostólico en todos los campos. Su locura: Jesús Sacramentado, ese abandono terrible de los sagrarios, ese misterio de Dios en el silencio; de ahí los templos de reparación. Su preocupación más honda: el peligro de los seminaristas, en su mayoría externos; aquella miseria e insuficiencia de medios en su formación; para ellos, los colegios de San José en tantas capitales de España, en Méjico y en Roma.

Otra faceta de su persona: aquel gran cariño e interés por la juventud, aquellos trabajos con los Luises.

Esto dicho telegráficamente, empobreciendo quizá con estas líneas la figura de Mosén Sol. Pero vosotros sabréis ampliar con vuestro recuerdo, y sobre todo con vuestro amor, estos rasgos a manera de semblanza del más glorioso tortosino de los tiempos modernos. Don Manuel, en los setenta y tres años de vida que le concedió el Señor, desde el primero hasta el último fué de Tortosa, hijo orgulloso de la Cinta, ciudadano defensor de sus paisanos, entrañablemente querido por todos. Aún podéis preguntar a viejecitos que le conocieron de cerca, a mendigos que adivinaban sus manos limosneras, a sacerdotes que nunca olvidarán sus fervorines, a monjas que le recuerdan sonriendo, y todos dicen igual: «Era un santo».

Este apóstol extraordinario es muy nuestro, es de ayer; su muerte llegó casi a besar nuestras infancias. Ya anciano, quiso trasplantarlo el Señor, y el año 1909, el 25 de enero, invernó en los palacios de Dios, arropándolo tiernamente su ciudad natal con los corazones de los tortosinos, jurándole recuerdo eterno y un lugar distinguido en la historia.